que no llevaría sus ofrendas á Roma, ó á los representantes del Papa sobre la Tierra, á los discípulos del gran don Bosco, del moderno San Ignacio de Loyola; un culto que reuniera á todos los hombres, como hermanos y camaradas *en el reino de Dios*.

Eso, dice el Papa, es trabajar para la Humanidad, no para la Iglesia.

La carta, como se ve, vale la pena. Es inimitable. Además, viene de una entidad infalible, que no puede equivocarse.

Un periodista radical, después de leerla, exclama en un diario francés, con una impiedad que me indigna:

«Oh, Sarto, gracias una vez más, y ojalá puedas continuar mucho tiempo sirviéndonos con toda la energía de tu devoción fanática y ciega»!

¡Qué infamia! «Ese enjambre de librepensadores, de sabios á la moderna, de materialistas ateos, creadores y sostenedores de una enseñanza sin Dios», se atreve á burlarse de una carta escrita por el jefe de la Iglesia.

Unámonos todos, caros colegas, y, Dios y el dolor mediantes, hemos de llegar á la cumbre. Por eso me he apresurado á dar á conocer las ideas de nuestro Santo Papa. ¡Séamos intransigentes como él!

Marius

Recortes

(De un libro inédito)

. . . . . .

Ah! la Humanidad! Pobre Humanidad! Pobres labradores de almas, tristes visionarios! Dejad de sembrar en ese yermo ingrato; sembrais rosas, cosechareis ortigas; sois buenos, os maleará al contacto de la Bestia. No seais ingenuos! La Humanidad nace del mal y fatalmente vuelve á él. Pretenderías acaso trocar el curso de los astros? Dejadla así, dejadla que camine, que se arrastre eternamente sobre el cieno. No le deis aspiraciones, no desperteis en ella anhelos, no la hableis de ideales; esa larva jamás podrá sentirse mariposa!...

. . . . . .

Pobre juventud! Te asfixió el ambiente tóxico de la urbe: tú que amabas el oro del sol, el éter puro de los campos, los horizontes dilatados, el ínclito verdor de las montañas, las armonías tenues de las fontanas, el lapizlázuli del cielo, tuviste, en cambio, encuadrado, un retazo del melancólico cielo gris, sentiste pesar sobre tu alma; tú, —hija de los valles—la mole de esos Andes adustos, colosos siempre iguales, siempre tristes, siempre mudos. Y como planta de otro clima y de otra tierra, te invadió la neurastenia, ese tedio infinito que consume la pujanza juvenil.

. . . . . .

Mario Cruz Santos